ANDALUCIDEZ DE ANTONIO Y ANDALUCISMO DE MANUEL

por Raúl Andrade

CONVIENE elucidar lo que se entiende por «andalucidez» en oposición a «andalucismo». Parece que nadie da mejor ejemplo de lo uno y de lo otro que los hermanos Manuel y Antonio Machado. El primero es el mejor espejo de «andalucismo» escueto, depurado, pleno de donaire y reto poético; el segundo austero, severo, profundo, callado, solitario, realiza —en mi modesto entender— el más característico ejemplo de «andalucidez», de «andalúcido-tipo», de andaluz transformado y remodelado por Castilla que dará a esa condición de andaluz, una calidad de lucidez mayor. Y como es andaluz que anda, se integra y funde a la severidad de Castilla, he caído en la tentación de llamarlo «andalúcido» en vez de solamente andaluz como fue su hermano. No será puro azar atmosférico y vendimiario el que otorga a Andalucía un sabor especial a su uva y su vino, una belleza cálida y sensual a sus hembras; una acometividad generosa y valiente a sus toros de lidia; una acerada nervadura a sus caballerías; una inspiración latente, rebosante y aguda a quienes recibieron el don de traducir, en verso, sentimiento y paisaje regionales. El «andalucismo», en sí, quizá sea sólo eso: una calidad regional, colindante con lo pintoresco y folklórico; ese gitanillo que exclama desde un poema secundario, escrito por un poeta secundario —«El Parque de María Luisa»— «Quien no ha visto Sevilla, no ha visto maravilla», queda aleteando como una mariposa traspasada por un alfiler, sin recobrar el vuelo.

* * *

Pero ése es un andalucismo de circunstancia, de venta de camino andaluz. Un misterioso privilegio, típico de la región andaluza, ha querido que nazcan en ella los más excelsos poetas españoles de fines y comienzos del pasado y presente siglos: Manuel y Antonio Machado nacen en Sevilla; también Rafael Alberti; Juan Ramón Ximénez, en Palos de Moguer; Federico García Lorca, en Fuentevaqueros, en cercanías de Granada; Fernando Villalón en Córdoba, en una de las casas más bellas y mejor historiadas de la comarca que lleva el nombre de su casta; por último, Manuel Altolaguirre nacía en Málaga y de su tierra natal llevó al destierro el dulzor de la pasa y la liviandad de los querubines que adornan sus capillas. Cada uno de esos seres se despoja de la decoración folklórica formal, sin abandonar la raíz entrañable que los identifica entre sí, en el mapa de la poesía española contemporánea, como poetas totales. Manuel Machado conservará su marca sevillana con el mismo donaire con que la botella de Jerez mantiene su aroma. ¡Antonio Machado, no! Los años de permanencia en Castilla, en esa

«Castilla varonil, adusta tierra.
Castilla del desdén contra la suerte.
Castilla del dolor y de la guerra,
tierra inmortal, Castilla de la muerte.»

lo han despojado de galas superfluas, vale decir típicas y regionales. Es la penetración a España, su integración a ella a través de Castilla, la que se revela en su poesía de tono grave y severo, ausente de toda reminiscencia fortuita de andalucismo formal encastrada, rezada mejor, en su limpio molde poético trabajando con deleite y pureza. Por allí dice:

«Soria es una barbacana
hacia Aragón
que tiene la torre castellana...»

Con qué milagrosa nitidez se cuelga de la memoria un veraniego atardecer, entre la luz de plata que ya anuncia el otoño, en que se divisaban los lejanos Picos de Urbión emergiendo por encima de la torreta del palacio de Gómara. La fría luz de Soria iluminaba los campos de Castilla, vistos y grabados como viñetas plácidas y serenas, traspasadas por la oblicua luz del poniente que se perpetúa en sus poemas y canciones. La dura tierra de Castilla, plana y caliza, con enclenques rastros de vegetación significados en grupos de chopos que se juntan en la llanura para elevar sus oraciones, se aposenta en la lírica machadiana con rasgos propios que nada prestan al rumor o al color andaluces; son escueta y soberbiamente castellanos, sin asomo de pintoresquismo.

* * *

Eso fue el «andalúcido» Antonio Machado en su poesía, reverso de la efigie de su hermano Manuel, aunque los dos fundidos en una misma medalla. No es intención de este comento establecer paralelos o desemejanzas, valoraciones o superioridades. Habrá que volver sobre el tema de los Machado quizás, cuando Antonio cumpla cien años —edad límite para pasar a la gloria— y le sea concedida patente de celebridad formal «por la autoridad correspondiente»... Sólo era mi intención establecer la diferencia que va de «andalucismo» a «andalucidez».

* * *

Manuel Machado, tan pronto como ganaba leyenda la dejaba flotar, se envolvía en ella en una como toga púrpura y la hinchaba de diestras alusiones. Por allí confiesa ser «medio gitano y medio parisién», pero con breve lance explica que «antes que un tal poeta» su deseo consistiera en ser «un buen banderillero». Desde luego, la poesía ganó un excelso poeta y dejó a la tauromaquia frustrada, con narices largas. Su sevillana raíz no había de desprendérsele, ni la aureola de su andalucismo desampararle. Hijo de las circunstancias, en Madrid afirma ese andalucismo casquivano, sonriente, burlón y sentimental; a la Villa del Oso lleva, por todo equipaje, ese desenfado suyo, más que andaluz, sevillano de la mejor cepa. Ese haz de sonetos que encierra, cuidadosamente engastados en un cofre precioso, cubierto de taraceas y esmaltes antiguos, es el mejor síntoma de su andalucismo que Madrid ha depurado, con elegancia y barniz, luego de larga y devota contemplación de imágenes de museo. Se ve a doña Juana la Loca «en hierática visión de pesadilla» junto al féretro principesco iluminado por los hachones del cortejo fúnebre, al aire los cabellos desesperados —digo bien desesperados y no desgreñados o desparramados—; se asiste al entierro del descarnado monje de Zurbarán, llevado por sus cofrades encapuchados a la filtrada luz del amanecer; se mira al enigmático caballero de El Greco de la mano al pecho; al siniestro enano velazqueño, don Juan de Austria, baboso y rijoso, recogido como un ovillo sobre sí mismo; se ve a ese macilento y desmayado príncipe de la casa de Orange a quien queda como última dignidad simbólica en la mano, un limón exprimido; se ve al borrachín de la «Escena de Costumbres», del flamenco Teniers que ¡ansioso bebe y come, gusta y toca y hace cosas de perro en los rincones!; por fin, a esa real amazona cachonda que pinta Goya con ironía oblicua y vengativa «mejor montada de lo que conviene» y a esos espectrales y sudorosos agonizantes, alineados frente a los fusiles franceses en la Moncloa, en el amanecer del 3 de mayo que una «farola en tierra casi alumbra con un halo amarillo que horripila».

Pero ese viento emocional y estético, sopla, estremece y pasa. Cuanto queda de permanente y fijo, como el fondo natural que ilustra su faz antigua y campechana de alegre bebedor de manzanilla y decidor de graciosos piropos, se concentra y destila en esa poesía suya de pregón, cantar popular, copla echada al aire a refrescar, como una caña de jerez en el puño de un bebedor experto, como se mira hacer en las terrazas del callejón de las Sierpes. Dice así en un breve poema que condensa todas las calidades del duende de andaluz que le acompaña en sus andanzas madrileñas: «Cádiz, salada claridad. Granada, agua oculta que llora. Romana y mora, Córdoba callada...»

He aquí un perfecto y comprimido mapa andaluz, de prodigiosa síntesis, para llevarlo como un dije, colgado de una cadena de reloj pomposo, sobre un chaleco barroco. Madrid, colocado en el centro de la carta de España, más que una puerta de introducción a Castilla, es una puerta de salida a Andalucía. Durante su permanencia en Madrid, permanencia de casi toda su vida, nada se aja, deslustra, pierde vigor de ese andalucismo integral, corporal y anímico que lo conforma y mantiene, arrogante y viril, con cierto matonil desenfado y cierto donaire de colmado. Si algún genealogista registra en la ascendencia de Manuel Machado, no tardará en hallar a uno de sus abuelos, colgado de una rama del árbol genealógico de Don Juan. Basta escucharlo hablar, con fingido desabrimiento, como quien se va arrepentido de la cosa:

«Esta es mi cara...
Unos ojos de hastío y una boca de sed.
¿Lo demás? Nada grave... Calaveradas...
[Amoríos.»

Escepticismo de final de banquete que va bien con una copa de coñac y una bocanada de humo disparada al aire, pero que la íntima sinceridad desmiente a solas:

«No dudes de mi querer;
la sangre se da mil veces,
el corazón una vez...»

Así otoñaba Manuel Machado, amarillaban sus poemas, pero las coplas de su andalucismo reverdecían en cada oportunidad que, como se sabe, es la primavera de los tenorios. El reverso de ese andalucismo indeleble, ha de encontrarse en cambio, al tornar la medalla, en la austeridad y «andalucidez» de su hermano Antonio.